

IRIS



Núm. 202

BARCELONA, 31 MARZO 1909

95 CÉNTS

Ayuntamiento de Madrid



No ya de cada semana, sino de cada día, se hace más patente que este país nuestro está dejado de la mano de Dios.

De arriba abajo no se registran más que hechos que hacen caer el alma á los pies. Los ministros están demostrando á todas horas que están muy por debajo de aquel que inmortalizó Camprodon en *Los diamantes de la corona*. Este siquiera solo decía un disparate cuando abría la boca, pero los nues tros disparatan lo mismo si hablan que si callan, pero más que nunca cuando escriben en la *Gaceta* ¡Qué inagotable manantial hallarán en las páginas del susodicho periódico los futuros coleccionadores de gedeonadas y *ciempieses* para solaz de los aficionados á la risa!

No hablemos ahora de la nobleza porque después de lo que refieren acerca de ella los novelistas que la conocen de cerca resultaría pálido lo que dijéramos: vayamos á la burguesía.

Unos jóvenes de Valladolid le clavan, valiéndose de la oscuridad de la noche, una banderilla por la espalda á un pobre muchacho alumno del Colegio de Huérfanos de Oficiales que acompañaba á unas señoras; le atravesaba el pulmón y se les rompe el repugnante instrumento, quedando dentro la punta. Semejante brutalidad *pinta* toda una generación y unas costumbres.

Y vengamos ahora á la clase popular. Es ya de *clavo pasado* que cualquier ruñan de cuya explotación quiere librarse una desgraciada mate á ésta, como se mata un conejo. Esto no es ya barbaridad ni salvajismo, pues ningún bárbaro ni salvaje sería capaz de cometer semejante crimen. Essimplenente la demostración de que entre los hombres conviven muchas fieras; y ¿quién negará que á las fieras se las debe exterminar?

Tal es el estado actual de España, que, como se ve no puede ser más infeliz, digan lo que quieran los que pretenden que aquí somos un modelo de moralidad. ¡Valiente moralidad esa de clavar banderillas á los que van por la calle tranquilamente y acribillar á puñaladas á las mujeres; eso cuando, después de haberlas hecho caer en la deshonra no las vende su *proprietario* por seis duros, como ha ocurrido recientemente en Barcelona, según han referido los periódicos.

Otro elocuente ejemplo de como andamos se desprende de un anuncio que ha aparecido en los diarios de la ciudad condal. Unos señores participan al respetable público que necesitan *mozo de almacén*, el cual, además de desempeñar los menesteres de su cargo tiene que estar versado en contabilidad, saber redactar y poseer el dibujo; por todo lo cual le darán (si se las pagan) cien pesetas cada mes. Lo raro es que en su insolencia no hayan llegado los anunciantes esos á exigir del *mozo* que sepa Geometría descriptiva, Obstetricia y Teología.

Todo lo cual indica que nos acercamos á más andar á confundirnos con nuestros hermanos de Marruecos, hasta el punto de resultar ya asombroso el parecido que con ellos vamos teniendo física y moralmente. Véase sino lo que ocurre en Valencia donde en vez de Gobernador tienen un caid ó bajá que trata á los estudiantes como si fueran insurrectos del Roghí. El Sr. Martos debe figurarse tal vez que todavía manda entre igorrotos.

Continua el tenor Utor alcanzando un éxito fenomenal con su *Africana*; el teatro no puede contener un espectador más cada vez que sale á las tablas el flamante Vasco de Gama, y bien puede decirse que por esta vez ha resultado fallido el proverbio de que nadie es profeta en su patria. Utor lo es, sin necesidad de cantar la parte de Juan de Leyden, en el casi olvidado *partido* de Meyerbeer.

En cambio, y váyase lo uno por lo otro, el gran Zaeconi trabaja para unos cuantos inteligentes amantes del verdadero arte, y los conciertos del incommensurable pianista Rislser se ven tan poco concurridos que es caso de preguntar donde se meten en Barcelona las clases pudientes. A este paso no se verá más prueba de la *cultura* de las clases directoras que sus fastuosos coches y las fachadas de sus palacios... de inquilinato. Barcelona es muy rica, todo el mundo lo sabe, pero los ricachones, á lo que se ve, no tienen suficiente capacidad intelectual ni los sentidos bastante finos para apreciar el arte, sea cual fuere su manifestación. A este paso, no van á hacer ninguna falta los dos teatros que se propone comprar una acandalada vinda para derribarlos y levantar conventos en sus solares.

ARGOS



POR LA CRUZ?

Palabras, solo palabras; lo de siempre, una cuestión simplicísima, una montaña en el momento de la exaltación. Dudas, celos, infidelidades, abismos, eran producto del galope imaginativo al sentir el espolazo del orgullo.

Se miraron un minuto; las flechas se mantuvieron en equilibrio inestable opuestas por sus puntas. No cedieron.

—Hasta nunca,—dijo él.

Ella se quedó mirando... nada; un nada de esos que á veces son tan grandes: el cuadro de nueve años de ventura pintado en vívidos colores por el amor artista.

«Hasta nunca» esta frase evidenciaba lo absurdo de la verdad, á veces.

¿Para qué sirve una cruz? Para muchas cosas.

Ante la imposibilidad de citar todos los usos de este símbolo, de este monumento ó de esta idea, guardo silencio.

Únicamente digo, que si la cruz es de piedra, sirve entre otras cosas para borrar absurdos.

De esta clase era la que se alzaba á la izquierda del camino del Fuelle, un momento antes de cruzarse con la línea férrea que va de X á Z.

El rayo sin embargo la miró una noche como cebo magnífico de su brillante furia y le bastó un segundo para echar al suelo su granítica entereza.

Tratóse de reconstruirla, se hizo y el día 3 de mayo fué el asignado para bendecir el nuevo monumento.

Brilló el sol; se hizo la tarde. Un gentío inmenso llenaba el camino é invadía los campos por que X es así. Entre la masa humana, se erguía la cruz coronada de rosas.

Llegó el clero y una comitiva acompañando á los padrinos. Me chocaron estos: eran ella y él. Bastó un entremetido para salvar apariencias.

—Un compromiso, hasta «un brete» creo que se atrevieron á decir.

A pesar de todo, aquel ir juntos vestidos de etiqueta, y sobre todo cerca del clero, se parecía demasiado á una boda.

Empezó el ceremonial. Ellos aun no se habían hablado. Estaban impacientes, quizás pensando en la brevedad del plazo que tenían para hacerlo.

Un sacerdote vestido de capa pluvial, cogió el hisopo y trazó en el aire una cruz grande, solemne y majestuosa. Ambos padrinos se estremecieron al contacto de una salpicadura tibia. Brotó una frase:

—¿Qué te pasa?—dijo él al ver que ella se llevaba el pañuelo á los ojos.

—Nada,—contestó,—una gota de agua bendita.

—Como esta,—dijo él, y señaló otra que titilaba en su mejilla.

Ella se ruborizó un poco.

—¡Ah... también... tú!

—Sí: nosotros dos y la cruz... ya es imposible...

—Ingrato.

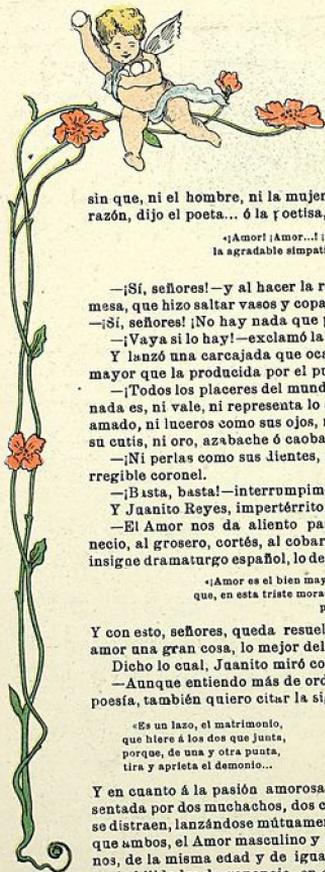
Se miraron un minuto; las flechas se mantuvieron en equilibrio inestable, pero, era inestable el equilibrio. Cedieron.

—¿Hasta mañana?—preguntó él.

Ella asintió con la cabeza y se quedó mirando... algo; un algo de esos que á veces no es más grande que el rostro idolatrado.

B. MERLE HERNÁNDEZ

DOS EXTREMOS



—¡El amor! ¡La única dicha de la Tierra! ¡El solo trozo azul, despejado, luminoso, del firmamento de nuestra existencia! ¡El néctar y la ambrosía de los dioses!... ¡El maná que mantuvo á los hebreos en su peregrinación por el desierto, y que sostiene á todos los mortales, mientras atraviesan este otro largo desierto de la vida!... ¡El lazo que une los dos sexos, por modo á la vez fuerte y suave, que sienta la molestia de las ligaduras!... ¡Ah! ¡Con cuanta razón, dijo el poeta... ó la poetisa, no lo recuerdo bien:

«¡Amor! ¡Amor...! ¡Por tí existo
la agradable simpatía
al Universo, armonial»
con que el mundo entero uniste;
y tú, con sus leyes, diste

—¡Sí, señores!— y al hacer la rotunda afirmación, Juanito Reyes dió un puñetazo en la mesa, que hizo saltar vasos y copas, cucharillas y platillos, y dispersó los terrones de azúcar:
—¡Sí, señores! ¡No hay nada que pueda compararse al Amor!...

—¡Vaya si lo hay!— exclamó la burlona voz del coronel Rompelanzas:— ¡Las patatas fritas! Y lanzó una carcajada que ocasionó, en la mesa y en los circunstantes, una conmoción mayor que la producida por el puñetazo de Juanito. Este le miró con desprecio y siguió:

—¡Todos los placeres del mundo, las riquezas, los honores, el poder, la fama, todo, en fin, nada es, ni vale, ni representa lo que el amor!... ¡No hay sol que resplandezca como el rostro amado, ni luceros como sus ojos, ni coral como el de sus labios, ni blanca nieve como la de su cutis, ni oro, azabache ó caoba, como el de sus cabellos!...

—¡Ni perlas como sus dientes, ni cerilla como la de sus oídos, ni olor á...!— siguió el incorregible coronel.

—¡Basta, basta!— interrumpimos, para que no llevara más lejos sus comparaciones.

Y Juanito Reyes, impertérrito, reanudó así la enumeración de las dichas amorosas:

—El Amor nos da aliento para acometer las más árduas empresas, hace discreto al necio, al grosero, cortés, al cobarde, valiente, al avaro, generoso, activo, al holgazán... Un insigne dramaturgo español, lo definió perfectamente, en esta preciosísima y exacta quintilla:

«Amor es el bien mayor
que, en esta triste morada,
por un impulso de amor»
dió, al hombre, su Creador,
que le sacó de la nada

Y con esto, señores, queda resuelto el problema que habíamos planteado, pues, siendo el amor una gran cosa, lo mejor del mundo, no puede ser sino muy bueno, el matrimonio.

Dicho lo cual, Juanito miró con aire triunfante, al coronel, que repuso:

—Aunque entiendo más de orden disperso y cargas á fondo y contra guerrillas, que de poesía, también quiero citar la siguiente definición que dió, no se quien, del matrimonio:

«Es un lazo, el matrimonio,
que hiera á los dos que junta,
porque, de una y otra punta,
tira y aprieta el demonio...»
y empieza, luego, á cansarse
añeja la mano izquierda...
y entonces, queda la cuerda
para que puedan aborrecerse!...

Y en cuanto á la pasión amorosa, en general, la considero representada por dos muchachos, dos cupidillos, si ustedes quieren, que se distraen, lanzándose mutuamente, pelotas... Quien se fije solo en que ambos, el Amor masculino y el femenino, son, poco más ó menos, de la misma edad y de iguales faerzas, creará niveladas las probabilidades de ganancia, en el tal juego; pero da la pícara casualidad de que el Amor femenino tiene ojos de lince, mientras que el masculino es corto de vista; y por consiguiente... ¡este es siempre quien rescibe los pelotazos!... ¡He dicho!

Todos aplaudimos, unos por convicción, otros, para compensarle de las rabietas que le había hecho pasar su adversario y, mostrándonos eclécticos, convinimos, en que: «Es la mujer, del hombre, lo más bueno» y «es la mujer, del hombre, lo más malo», y en que tuvo razón quien exclamó:

«El matrimonio es bueno, puro, santo...!
¡No tanto, hombre, no tanto!...»

Con lo que ni Juanito, ni el coronel, quedaron satisfechos: que es el único inconveniente del ecléctico.
ENRIQUE LÓPEZ



LOS DOS RETRATOS

Una de las cosas que me habían llamado la atención en el modesto gabinete que, mi amigo Arturo, ocupaba en una casa de huéspedes de la calle



de la Abada, consistía en dos magníficos retratos femeninos, encuadrados por artísticos marcos modernistas, cuya riqueza de adorno contrastaba con la pobreza del resto del decorado y de los muebles de la habitación. Los dos retratos, digo, eran soberbios y su parecido con los originales, debía ser notable, afirmación que parecerá arriesgada, en el momento en que se sepa que yo desconocía los originales de que hablo.

Pero me ocurre á mí lo que, sin duda, habrá pasado cien veces al lector: ver estampada la fisonomía de un individuo ó de una individuo, y exclamar: «—¡Qué parecida debe estar esa persona!»

Y es el caso que, en los tales, casi siempre se acierta, pues hay en las obras del arte cierto no sé qué, semejante al perfume de las flores, que permite adivinar la verdad de aquellas, sin más requisito, como se adivina la clase de éstas, sin verlas.

Pues, como iba diciendo, siempre que visitaba á mi amigo Arturo, y sobre todo cuando, por no hallarse éste en su casa ó por estar comiendo, tenía yo que esperarle en su habitación, extasiábame contemplando aquellos dos retratos, de tipos femeniles muy distintos y muy hermosos.

¿Representarían amantes de mi amigo? Esta suposición, entre todas, se fijó en mi mente, no por ser, yo, mal pensado, sino porque así lo hacían

suponer ciertos detalles de la pintura, nada propios de un retrato de familia; se entiende, de familia honesta, como la de mi amigo. Y en ese caso ¡qué suerte la de Arturo! ¡Qué mujeres tan encantadoras, la una con sus hermosas formas y, sus provocativos ojos, la otra, con su airoso talle y su desdeñosa expresión! ¡Quién había de decir que, mi amigo, tan formal, al parecer, hubiera hecho tales conquistas! Pero ¿no sería yo mal pensado? ¿No le estaría calumniando?

Un día, me resolví, por fin, á interrogar á Arturo quien, á las primeras palabras mías, lanzó, una carcajada y me interrumpió, exclamando:

—¡No se moleste usted en disculparse, pues á otros varios ha ocurrido lo mismo! Voy á explicarle el misterio que encierran esas obras de arte: los marcos, son regalo de un amigo, á quien tuve el gusto de prestar un servicio importante. En cuanto á los retratos... ¡no sé de quienes son! ¡Los compré de lance, en una prendería, sin otro fin que el de no tener vacíos tan preciosos marcos!

Había tal franqueza en su acento y en la expresión de su rostro, que no me quedó duda de su veracidad, por lo cual habe de pensar:

—¡Para esto he estado yo, quebrándome los cascos durante una porción de semanas!

Y aquel día me despedí mal humorado de mi amigo, reconociendo una vez más, la verdad del precepto bíblico: «¡No forméis juicios temerarios!»



EDUARDO BLASCO

SACRIFICIO

I

Cuando enviudó Rafaela, se fué á vivir con una hermana suya, casada con el médico titular. Eran las dos hermanas, lo que se dice la noche y el día; Rafaela, la viuda, de lo más bonito que Dios ha creado; alta, morena, rumbosa, elegante, señorial; y su hermana Julia, al revés; chiquita, pecosa, desgarrada, fea de remate.

La viuda, hecha al cortejo y al regalo, mal avenida con la escasez y las privaciones, era vistosa y



callejera; había nacido para llamar la atención; y la pobre casada, convencida de su fealdad y de su poco valer, hacía vida monjil, y rara vez se asomaba á la puerta.

Desde punto y hora en que llegó, entulada y divina, doliente y desdichada, el médico cambió de humor. Y de huraño y triste, se tornó en mujeriego y alegre. Antes no salía, sino á visitar enfermos, y para eso, dos horas por la mañana y dos por la tarde. Pero después se pasaba el día correteando el pueblo, yendo al casino, á la tertulia del boticario, á todas partes, y siempre con un buen humor que daba envidia.

Julia, su mujer, se pasaba el día en el fogón, aperrada entre ollas y pucheros, con las greñas hasta el cogote, de trapillo, sucia, horrible. Y la otra en cambio, se daba una vida de princesa; levantábase tarde, comer, dormir y pasear los vestidos lujosos de su hermana, por que ella, cuando enviudó, se había quedado la pobre en cruz y en cuadro.

Así las cosas, una tarde dispuso Julia de hacer la carne de membrillo y sacó al patio todo un ejército de peroles, calderas, vasos y copas. Rafaela, con un delantal blanco, arrogante y bonita, rayaba los membrillos con primor. Julia iba y venía de la cocina al patio, acarreado chismes, y el médico Pepe, en zapatillas y con gorro turco, tenía á su cargo los car-

tuchos del azúcar. Parecía un moro vendiendo dátiles.

Ya se iba el sol, y los dompedros del arriate comenzaban á tiritar de frío. Entre los naranjos se oía el rumoroso aleteo de los gorriones y en el encañado de pasionarias, campanilleaban las hojas verdes y finas. Soplaban un fresco airecillo rabioso; en los patios vecinos, las muchachas cantaban en corros triunfadores:

La iglesia se ilumina
cuando tú entras
y se llena de flores
donde te sientas.

Tú te saliste...
se ha quedado la iglesia
solita y triste.

En el alero del tejado, dos palomas arrullándose, miraban al cielo, con sus redondos ojos color de miel.

Julia entró á la cocina por una espumadera. El médico miró á su cuñada.

Estaba adorable, fresca, incitadora. Las manos finas, tenían la fusta prisionera, con la elegancia y el primer de una rubia matrona de Rubens. Había entornado los ojos y lo miraba, lo miraba...

Entró Julia. Fue como si el cielo se le hubiera desplomado en la cabeza; porque notó que su marido se ponía blanco como la cal; y su hermana más encendida que un tomate. Entonces, ante aquella infamia su voluntad cayó inerte con la flojedad del desmayo.

Ella, sacrificada, esclavizada porque su hermana viviera feliz y tranquila, porque su marido estuviera alegre y satisfecho. ¡Y aquella mirada que sorprendió al asomar por la puerta del patio! ¡Qué infames los dos!

Luego, reaccionó un poco. Pagó sobre ella misma la culpa, sobre su fealdad picotera, sobre su pobre cuerpo, desgarrado é inútil. Los miró sin rencor. Viólos jóvenes, sanos, fuertes, en plena vida, en plena juventud. ¡Debían amarse! ¡Tenían el deber de amarse!

II

Acabada la cena, salió Julia con el achaque de hacer unas compras.

Era víspera de fiesta y las calles estaban de bote en bote. El pueblo todo, como si el repiqueteo de las campanas fuera una promesa de triunfo y de alegría, bullía, decidor y revolante. En las tiendas, llenas de parroquia, las jornaleras hacían sus provisiones, arrebuñadas en sus mantones de abrigo. Los muchachos, á la luz de las lámparas, jugaban en el escalón, entre la serenata de sus risas picarescas y en las rejas floridas los novios contaban los misteriosos poemas del amor jornalero.

Las familias ricas, luciendo abrigos primorosos, saltan á sus tertulias famosas, y, por los cristales del casino, se veía á los señoritos jugando á las cartas.

Julia, atravesó el pueblo rápidamente y llegó á las afueras. Dormían los campos, como recreándose en la paz y en el sosiego de aquella noche majestuosa. Una lluvia fina como echada con pulverizador, comenzaba á regar los barbechos, y, bajo su bufanda de niebla, el río tiritaba su pesado y triste canturrear.

Anduvo, en una carrera sin objeto ni fin, como si llevara detrás y persiguiéndola á un asesino. Carretera adelante, empapada en sudor y en lluvia, dobló el recodo de la hondonada y dió vista al santuario.

Recortábase, informe y monstruoso, el edificio monacal, en la raya del horizonte. Alamos desnudos, alargaban sus varetas entre la neblina; como hombres que, para respirar mejor, extendieran sus cuellos hacia lo alto.

Llegó ante la puerta, chapeada de clavos en flor y, por un resquicio miró al templo. Allá en el fondo, entre la envoltura del rico manto, asomaba la Virgen su divina cara melancólica. Una lamparilla, hacía guifios con su luz mortecina y escasa. Julia rezó alzándose sobre sus rodillas, como la flor cuando la lluvia comienza.

La esquila conventual tocó á maitines, llevando su imponente sonido por los campos, y Julia, vuelta cara al pueblo, como dando un adiós supremo á los dos amantes, llamó á la puerta...



CRISTÓBAL DE CASTRO

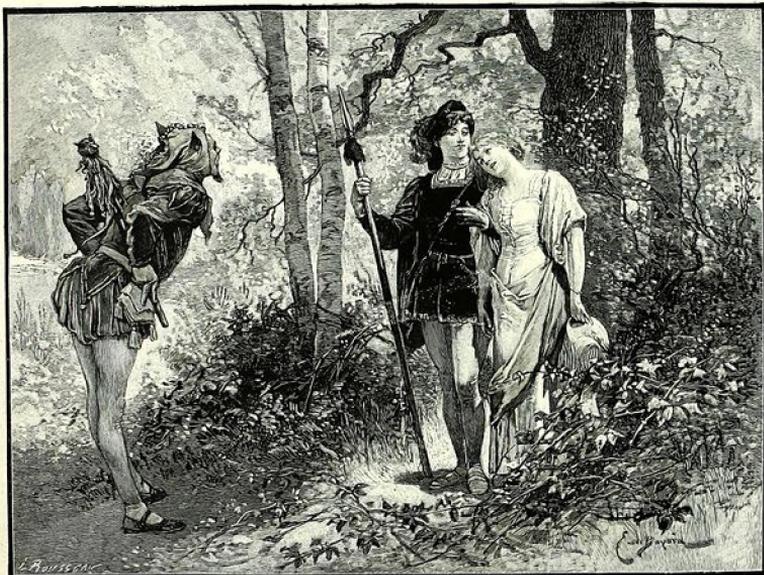


LAVADERO NAPOLITANO, cuadro de Horacio Fisher
Ayuntamiento de Madrid

EL TEATRO DE SHAKESPEARE

El público de Barcelona, ó mejor dicho, una escasísima parte del mismo, ha tenido ocasión de admirar á Zaccóni en el *Otelo* y el *Hamlet*; pero como había admirado ya anteriormente estos dramas la única novedad ha consistido en la interpretación del personaje.

Mucho convendría, sin embargo, que los actores italianos echaran mano de otras tragedias y comedias de Shakespeare, en la seguridad de que habrían de alcanzar... muchos aplausos, cuando menos,



«COMO GUSTEIS»: —Buenas tardes, gentil caballero, con la compañía!

ya que no dinero, pues este va más directamente á otra clase de espectáculos que no tienen absolutamente nada que ver con Talía.

Una de las más hermosas creaciones del gran Will es sin duda alguna *Como gustéis*. El argumento es sencillo: el duque Federico ha arrebatado la corona á su hermano mayor, que vive retirado con su hija Rosalinda en el bosque de las Ardenas; temeroso el usurpador de que el desposeído reinante decidiera recobrar sus estados, levanta un ejército para atacar al proscrito, pero al llegar al lindero de la selva encuentra á un viejo ermitaño que logra convertirle, hasta el punto de que no solamente devuelve á su hermano su ducado, sino que se retira á un convento.

También se ha retirado al monte, huyendo asimismo de las asechanzas de un su hermano el joven caballero Orlando, que se enamora, como es natural, de Rosalinda, y que, como es natural igualmente, se casa con ella.

La escena que reproducimos se refiere á cuando Rosalinda, vestida de paje, y su prima Celia, disfrazada de pastora, acompañadas del bufón, se encuentran en el bosque con el zagal Corin, que les proporciona ocasión de comprar una cabaña y un rebaño, para vivir en lo sucesivo en aquel apartado bosque.

«Al leer esta pieza extraña, escribía el buen Teófilo Gautier, siéntese uno transportado á un mundo desconocido, del cual se tiene no obstante alguna vaga reminiscencia; no se sabe ya si se está muerto ó

vivo, si se sueña ó se está despierto; graciosas figuras os sonrien dulcemente, enviándoos, de paso, un buenos días amistoso; os vuestro emocionado y turbado á su vista, como si á la vuelta de un camino os topaseis de pronto con vuestro ideal, ó el fantasma olvidado de vuestro primer amor se irguiese súbitamente ante vuestros ojos.

«¡Oh, joven hijo del bravo caballero Rolando de los Bosques, tan maltratado por la suerte! No puedo menos de sentirme celoso de tí; tienes aun job, Orlando! un fiel servidor, el buen Adán, cuya vejez es tan lozana bajo la nieve de sus cabellos! Estás desterrado, pero á lo menos lo estás después de haber luchado y triunfado; tu malvado hermano te arrebató toda tu hacienda, pero Rosalinda te da su collar; eres pobre, pero eres amado, y la hija de tu perseguidor te sigue más allá de los mares!»



•ENRIQUE IV. :—¡Eres el caballero de la campana ardiente!

Como gustéis merecería ser puesta en escena, y á buen seguro que alcanzaría no menor éxito que *La fierecilla domada*. Pero cuidado con profanarla; y sobre todo ¡anatemá contra el sacrilego capaz de *generochicarla!*

El drama *Enrique IV* puede interesar á nuestros lectores, y al público en general, por ser la obra en que hace su primera aparición el celeberrimo *Falstaff*, bien conocido en Barcelona como protagonista de la deliciosa comedia lírica de Verdi de igual título. Hé aquí su presentación:

Falstaff.—¿Qué tal, Enriqueillo? ¿En que momento del día estamos?

El príncipe Enrique.—Tu espíritu se ha vuelto tan espeso á fuerza de beber Jerez añejo, de desabrocharte después de cenar y de dormir la siesta sobre los bancos que se te ha olvidado preguntar lo que realmente deseabas saber. ¿Qué diablos se te importa el momento en que estamos del día? A menos de que las horas no sean copas de Jerez, los minutos capones, los relojes lenguas de platija, los cuadrantes muestras de lupanares, y el mismo glorioso sol una moza del partido, vestida de tafetan color de llamas, no veo la razón de que te tomes la molestia de preguntar que momento del día es.

Falstaff.—Veo, Enriqueillo, que no difiere tu opinión de la mía. Porque nosotros, los que aligeramos los bolsillos, marchamos á la claridad de la luna y de las siete cabrillas, y no á la de Febo, ese caballero andante tan rubio. Y te ruego, mi amable guasón, que cuando seas rey... Dios proteja Tu Gracia, aunque debería decir Tu Majestad, porque gracia no tendrás nunca ninguna...

LA CRUZ ROJA

La crudeza del tiempo tenía congregados á todos en torno del encendido hogar, cuyas llamas se elevaban por entre los secos troncos reflejando su luz rojiza sobre las blanqueadas paredes.

Afuera mugía el viento con irresistible empuje y lluvia finísima, entremezclada con menudos copos de nieve, caía silenciosa y persistente, envolviendo los campos en blanco, nuncio de segura pérdida, de irremediables daños, de desolación é infortunio. Adentro, silencio también, medroso y triste, interrumpido solo por el incansante chisporroteo de la tostada leña, abriéndose con estrépito al fuerte beso de la azulada llama que la acariciaba, envolviéndola é inflamándola en ascuas brillantes de dorados reflejos.

Junto al fuego apifñábanse aquellos seres aspirando ansiosos la onda tibia que envolvía el aterido cuerpo prestándole el calor y la vida que el viento frío y la blanca nieve le arrebataron.

El tronco secular de aquella familia, el tío Juan, parecía dormido, arrellanado en el ancho sillón de baqueta, pero en realidad, oraba, pasando en silencio las negras cuentas de un pequeño rosario que oprimían sus manos temblorosas. Sentado frente al anciano hallábase su hijo Joaquín, jefe á la sazón de aquel hogar, joven todavía y ocupado en alimentar la lumbre cuyos ardientes reflejos daban de lleno en aquel rostro entristecido y meditabundo. Entre el padre y el hijo, formaban corro frente á la lumbre la madre tierna y cariñosa, remendando incansable el viejo sayo; la casta doncella, cosiendo afanosa la recia tela de hilo amarillento, entre cuyos pliegues vislumbraba acaso la imagen del ser amado; el robusto mozo, curtido por el viento y por el sol tostado, recosiendo el aparejo, ya casi inservible, y el niño tierno y delicado, leyendo y releyendo en el grueso libro, cuyas palabras pretendía grabar en su cerebro y guardar en la memoria con obstinado empeño.

Terminó el anciano sus rezos, incorporóse trabajosamente, abrió los ojos, y fijándolos en su nieta, exclamó con acento reposado y triste:

—Mercedes, tráeme la cruz.

—Pero, padre, —interrumpió Joaquín, en



tono de cariñoso reproche; —¿es posible que todos los días quiera usted atormentarse de ese modo?

—Sí, hijo, sí, —replicó el anciano con voz conmovida. —He de pagar mi deuda con aquella desventurada familia; he de expiar mi culpa del único modo que está en mi mano, poniendo delante de mis ojos esa cruz, ese timbre de gloria prendido en mi pecho como un honor, cuando no es más que el precio de una infamia.

Y viendo que todos guardaban silencio, añadió:

—Trae, hija mía; trae esa cruz, que yo la vea, que yo la toque y la ponga sobre mi corazón, como todos los días para no olvidar jamás la ingratitude más grande de mi vida y llorarla arrepentido, maldiciendo la hora en que no supe morir, mientras bendigo á Dios que alarga mi vida para que la expiación sea más duradera, más viva, más intensa.

La enérgica actitud del tío Juan se impuso, y la indecisa joven pasó á la estancia contigua, volviendo al poco rato con una cruz del mérito militar, con distintivo rojo que entregó al pobre viejo.

Cogióla éste con ambas manos, y después de contemplarla algún tiempo, la acercó temblando á sus labios y en ella imprimió un fuerte beso, mientras de sus tristes ojos se desprendían en silencio dos gruesas lágrimas que fueron á caer sobre la roja cinta descolorida y ajada por la acción del tiempo.

Después, apenado y cejijunto, llevó la cruz junto á su corazón, y allí prendióla sobre el negro paño de la vieja zamarra. Cruzó las manos sobre los muslos, echó atrás el cuerpo é inclinando la cabeza hasta apoyar la barba en el agitado pecho, clavó los ojos en aquella condecoración y quedó inmóvil, presa de la horrible angustia del dolor mudo y esclavo del remordimiento.

Pasado algún tiempo irguióse de nuevo el anciano, y arrancando la cruz de su pecho, la entregó á la joven, exclamando:

—Toma, hija mía; por hoy he pagado una parte de mi crimen. Ya puedes llevártela.

Mientras la joven obedecía, cerró el pequeño el libro en que leía, y acercándose medroso al pobre anciano, exclamó, en tono dulce y cariñoso:

—Y ¿qué crimen ha cometido usted, abuelo?

—El de la ingratitud, —contestó el tío Juan con voz firme.

Y viendo que el niño le miraba atónito, sin comprenderle; viendo que aquella criatura fijaba en él sus ojos, interrogándole con la mirada, y que sus labios dibujaban ya una nueva pregunta, añadió, reflejando en su acento la tristeza que le dominaba:

—Cuando yo era soldado, estalló la primera guerra civil, guerra inhumana, cruel, infame, en cuyas revueltas era más que seguro que un padre se hallara enfrente de su hijo, que un hermano peleara con otro hermano y que un amigo tuviera que luchar contra el que creció á su lado estudiando

en la escuela, jugando en la calle, trabajando en el campo.

La guerra me llevó lejos, á un país para mí extraño, y allí tomé parte activa en las revueltas que á diario sosteníamos con los partidarios del Pretendiente, conquistando los galones de cabo.

Un día iba yo de exploraciones con un puñado de valientes, cuando al cruzar un

barranco, tan accidentado y agreste como solitario, nos vimos atacados por un núcleo de fuerzas tan superior en número á nosotros, que en el primer encuentro quedamos fuera de combate los que íbamos á la cabeza, pero dimos tiempo á que los demás pudie-

ran salvarse apelando á la fuga.

Tendido en medio de un charco de sangre, exánime, desfallecido, sin vida casi, halláronme dos pobres mujeres: me hicieron volver á la vida y me transportaron á su choza enclavada en medio de la sierra, y entre

escarpadas rocas, como nido de águilas. Aquellas sencillas gentes me prodigaron toda clase de cuidados, toda suerte de atenciones y de miramientos. Fueron para mí, madre tierna y amante la más vieja; hermana cariñosa y solícita, la más joven. Por mí se desvivían, se multiplicaban, incansables, velando siempre mi sueño y curando la herida que recibí en el hombro izquierdo, con arreglo á las instrucciones del cirujano de la vecina aldea.

Al cabo de algún tiempo, curada ya la herida y repuesto por completo de la pérdida de sangre, disponíame á abandonar para siempre á mis salvadoras, cuando llegaron á la cabaña dos hombres fuertes y robustos, tostado el rostro, largo y revuelto el cabello, destrozadas las ropas, armados de viejos trabucos y cubierta la cabeza con boinas blanquecinas, de rojizas borlas.

El más viejo de aquellos hombres era el jefe de la familia, el esposo y padre de mis salvadoras; el más joven era su hijo. Ambos militaban en las filas del Pretendiente y aprobaron con brusquedad, no exenta de afecto, lo que por mí habían hecho aquellas mujeres, al enterarse de ello.

Nuestra entrevista fué corta y ceremoniosa, pues ni ellos ni yo podíamos olvidar lo que éramos. Tendiles mis manos, que ellos estrecharon con fuerza; y, sin volver atrás la vista, me alejé de aquel hogar bendito, cuyo recuerdo llevaba en el fondo de mi corazón, pidiendo á Dios que no los pusiera en mi camino. ¡Pero Dios no me oyó!

Incorporado al ejército, donde se me creía muerto, me ascendieron á sargento, en pago de mi sangre derramada, y otra vez me lancé á la lucha, más empeñada y más terrible cada día.

Nuestros enemigos se habían posesionado de un pueblo de donde era preciso desalojarlos á toda costa; pero para ello era más preciso aun apoderarnos de un fuerte reducto construído sobre un pequeño monte que dominaba la población de uno á otro extremo.



Dispuesto el ataque, á la cabeza de mi compañía, lancéme yo monte arriba haciendo honor á mis relucientes galones.

La lucha fué dura, enconada, terrible. Las certeras descargas del enemigo iban sembrando de cadáveres la empinada cuesta. Los agudos sonos del clarín; los gritos de muerte de los que caían á nuestras plantas; los ayes lastimeros de los que se revolvan en su propia sangre; el ronco estertor de los que morían á nuestro lado; el retronar de la fusilería; el silbar de las balas; el acre olor de la pólvora que nos traía el viento entre remolinos de humo denso que nos envolvían y asfixiaban, centuplicaron nuestras fuerzas, enardecieron nuestras almas, y arriba nos lanzamos á toda carrera despreciando el peligro y buscando la muerte.

Los contrarios salieron á recibirnos; y en la misma meseta de la montaña se trabó un combate horrible, desesperado, cuerpo á cuerpo, pero mudo y silencioso como si los combatientes reconcentrasen en los brazos toda su fuerza, todo su espíritu, su alma toda.

En lo más rudo de la pelea distinguí muy cerca á uno de mis oficiales acorralado por un mocetón fornido y robusto. Di un salto; enarbolé mi sable, y cuando ya no podía contener el golpe, reconocí en aquel mozo al hijo de mi salvadora. Cayó mi brazo y el pobre joven rodó por tierra sin exhalar una queja.

De mi espanto, de mi aturdimiento, de mi emoción dolorosa, sacóme un grito que oí á mi espalda, seguido de una maldición horrible.

Volvíme súbito y vi al padre del joven que venía sobre mí blandiendo su cuchillo, pero una bala le detuvo en su carrera y á mis pies vino á caer exánime.

Una nube de sangre oprimió mi corazón y oscureció mis ojos. Desesperado, loco, salté sobre aquellos cadáveres y me lancé en medio de las filas enemigas buscando la muerte para sustraerme al recuerdo de las víctimas y dejar de oír aquel terrible grito del infortunado padre.

A partir de este punto, de nada me acuerdo: sólo sé que cuando cesó el combate, me vi en tierra, bañado en mi propia sangre y rodeado por jefes y oficiales que no cesaban de elogiar mi valor y mi arrojo, al que se debía casi por entero la toma del reducto.

Esta hazaña se premió con esa cruz, sin que nadie pensara que, al concedérmela, se pagaba con ella la mayor infamia que un hombre puede cometer en esta vida: la ingratitud.

Calló el viejo; cerró los ojos; juntó las manos y sus labios se movieron en silencio. Oraba por el alma de los muertos.

PEDRO BONET ALCANTARILLA



SEPULTADO EN LA NIEVE, cuadro de N. Emmerson

Con el p
os señores
es el cuan
album JO

BIB

Sidonio

Zola.

La piel

Bernard.

El amor

Hano Scher

La volu

Emilio Zola

El fin de

Alexis.

Santiago

Zola.

La fiesta

Emilio Zola.

El secre

de L'Isle

Sin trat

Los su

ilustrada

El ma

rico Scall

La ino

por Carlo

Para pe

nistración

za de Tet

No
entre
result
créen

Todo
trabaja
para g

May
que ric
si no s
con lo

Poco
porqu
que ha
la que

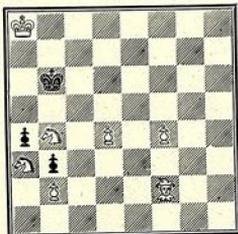
RESERV

PEPITORIA

Problema de ajedrez núm. 6

POR NOVEJARQUE

Negras



Biancas

Las blancas juegan, y dan mate en 3 jugadas.

7 blancas y 8 negras; 10 piezas

IV

No quisiera más castigo
para esa infame mujer
que la llegarán a hacer
lo mismo que hizo conmigo.

V

Todo el que mienta el honor
más de lo que es regular
no lo deis olvidar
le usa como fiador
para con él comerciar.

VI

Mujer procaz y atrevida
que en orgiádicos festines
en compañía de otras ruina
vas consumiendo tu vida;
mira que en esa bebida
no va escondido bebelo
que haga ser feliz tu sueño
pues tienes que despertar
y acaso quieras lograr
no verte á ti misma el ceño.

ÁNGEL MACÍAS

JEROGLIFICO, por Ricardo Dasí

OSO NACIÓ PAVO
PENA MORIRÁ S
SU A 100 DA G-RÁ-A
MA D 22 S

De la experiencia al crisol
ha resultado evidente
que magnesia efervescente
es la mejor: San-Imoi.

FRASE EN ACCION



NOVEJARQUE

Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

a los pasatiempos del número anterior
Telegrama comprimido.—A Emeterio Ochoa: Kasante. Te espero en Estepa el 6 á las 10 en punto así como igualmente á Pepe.

Guillermo

Jeroglífico.—Murociégalo.

Frase gráfica.—Irsele la lengua.

COORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. B.—Cartagena.—El cuento haría las delicias de sus abuelos, si vivieran, pero no las de nuestros coeves.

A. N. K.—Córdoba.—La Mesa reunida habra desaparecido por el escotillon, pues no parece. Lo otro saldra muy pronto.

A. M.—Arévalo.—Al pelo.

E. B.—Barcelona.—Es lástima que haya algún ríplio de órdago en la poesía, pues la antífes está bien hallada.

S. F. de G.—El soneto á Enero ha perdido la oportunidad, y habrá que esperar á que vuelva.

A. P.—Su cuento es muy bonito.

R. N. M.—Los alexandricos están bien en cuanto á la rima, pero abundan los ritmos contra las reglas, es decir, contra el oído. Por ejemplo, el primer verso:

Alégrese tu rostro y contempla amada mía
El cuento queda aceptado, y se publicará más ó menos pronto.

B. M. N.—Valencia.—Sus quejas me llegan al alma, pero hágame usted cargo de que tenemos muchísimo original pendiente de publicación, siendo infinitamente mayores las existencias que los pedidos, si vale la metáfora. El artículo irá oportunamente.

Ignorante.—No debe usted ofenderse por la inocente bromo que gasté en mi anterior; conste, formalmente hablando, que es usted demasiado modesto. Los dos trabajos no están mal escritos, pero adolecen de poca originalidad y la forma es demasiado escueta.

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 64.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de l'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molenes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

**

No te afanes en buscar;
entre callicidas mil
resulta archi-inmejorable,
crème, el LADIVONSIM.

POLIMORFAS

I

Todo el que busque fortuna
trabajará doce horas
para gastar solo una.

II

Muy necio es el que propala
que rico y noble nació
si no se aumentó su hacienda
con lo que él mismo ganó.

III

Poco gana tu decoro
porque dicen con razón
que ha de ser llave de oro
la que abra tu corazón.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSCRÍBETE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TÍPOLOGRÁFICO EDITORIAL "LA IBÉRICA", PLAZA DE TETUÁN, 50—BARCELONA

ALEMANIA



INFANTERÍA BÁBARA: SOLDADO